

Queridxs lectores,

El horario de verano ha comenzado y, con él, los días se han vuelto más largos y luminosos de lo que esperaba. Poco a poco, casi sin darme cuenta, la primavera ha llegado. El invierno no fue mi estación favorita, pero sería injusto decir que no lo disfruté. Ver copos de nieve tan perfectamente formados por primera vez sigue sacándome una sonrisa cada vez que lo recuerdo. Hacer muñecos de nieve y jugar hasta que las manos y los pies quedaran entumecidos son recuerdos que guardaré siempre conmigo. Aun así, extrañé profundamente los días de sol y el verde de los árboles, esos días que me transmiten calidez y compañía, especialmente en las mañanas tranquilas y rutinarias en las que me preparo para ir al trabajo.

Y así, casi en un abrir y cerrar de ojos, ha pasado ya más de la mitad de mi tiempo aquí. Todo lo vivido en este periodo ha sido profundamente transformador para mí. He sentido cómo mis ideas se fortalecen, pero también cómo se cuestionan, se deconstruyen y se vuelven a reconstruir. Este proceso no siempre ha sido sencillo, pero sí muy enriquecedor. Me llevo, por encima de todo, aprendizajes que sé que me acompañarán mucho más allá de esta experiencia.

En el ámbito laboral, mis actividades y mi ritmo de trabajo en el Boarding Haus han mejorado notablemente. El proceso de adaptación no estuvo exento de dificultades; hubo momentos en los que me sentí desbordada o insegura. Sin embargo, con el tiempo aprendí la importancia de decir “no”, de establecer límites claros y de comunicarme de manera abierta y respetuosa. Estas herramientas han sido clave para encontrar un equilibrio. También he intentado mantener una actitud proactiva: asumir nuevas responsabilidades y proponer actividades para lxs niñxs del centro. Poco a poco, la constancia me ha permitido comprenderles mejor. Son niñxs con historias complejas y, muchas veces, muy duras. Desde el acompañamiento pedagógico, junto con mis compañerxs, busco cooperar con su desarrollo personal, social y académico.

Fuera del trabajo, mi entorno se ha enriquecido gracias al encuentro con personas de distintas partes del mundo. He tenido la oportunidad de participar en diversos seminarios, y cada uno de ellos ha sido una experiencia significativa para mí. Los he vivido como espacios de intercambio cultural, de diálogo honesto sobre mi realidad como persona migrante —como sucede en los seminarios de Vamos— y también como momentos para aprender de otras culturas mientras comparto la mía. Recuerdo especialmente los seminarios de Color Esperanza y Weltwärts Conexión Norte-Sur: encuentros breves, de fin de semana, pero cargados de sentido. En ellos, he encontrado un ambiente de energía positiva, respeto y un fuerte enfoque en el trabajo en equipo, una habilidad que siento haber fortalecido mucho durante este tiempo.

Asimismo, participé en el seminario de Infostelle Perú. Quedé realmente impactada por todo el conocimiento legal, social e histórico que tienen los alemanes involucrados en esta organización sobre mi país. Infostelle y todo el trabajo que hay detrás representan para mí un rayito de esperanza y una plataforma muy importante para dar voz y soporte a muchas de las problemáticas que afronta el Perú. Tras la culminación del seminario, me llevo

conmigo mucho conocimiento e inspiración; definitivamente, se fortaleció mi motivación para aumentar mi activismo en mi región.

Algo que me ha llamado especialmente la atención es cómo estos espacios han reforzado mi identidad como peruana. Hablar de mi país se ha vuelto una experiencia más consciente y profunda. Compartir que Perú es mucho más que Lima, hablar de su biodiversidad, su riqueza cultural y gastronómica, y de todo aquello “chévere” que nos caracteriza se ha convertido en una forma de conexión con otrxs. Pero también he aprendido a hablar de los aspectos más complejos, como la situación política actual. En esas conversaciones encuentro puntos en común con personas de distintos países de América Latina, como Ecuador o México. Escuchar, debatir y reflexionar sobre realidades similares me genera una sensación de esperanza. Saber que existen más personas conscientes y comprometidas con el cambio me hace pensar que aún podemos redireccionar nuestro futuro.

Vivir en un piso compartido ha sido una experiencia distinta a la de una familia de acogida. En este contexto, el intercambio cultural no se da de manera automática; he tenido que buscarlo activamente. Por eso, cada oportunidad de viajar o visitar amistades en otras ciudades la aprovecho al máximo. Es en esos momentos donde logro conectar más profundamente con sus tradiciones y formas de vida. Un ejemplo que me marcó fue el Fasnacht: me sorprendió ver tantos disfraces, incluso más que en Halloween. Al comentarlo con mi jefe, entendí que Halloween es una tradición relativamente reciente en Alemania, mientras que el Fasnacht asienta sus raíces y origen en este país. Me gustó descubrir en esta celebración una faceta de alegría y calidez que, en mi experiencia, a veces no se percibe de inmediato por parte de los alemanes con los que he tenido la oportunidad de relacionarme.

Además, mi rutina continúa ligada a la danza, una de mis grandes pasiones. Formar parte del grupo de danza folclórica de América Latina Acutun ha sido un regalo. No solo me permite mantenerme conectada con algo que amo, sino que también me ha brindado amistades muy valiosas. Es un espacio donde, a través del movimiento y la música, también construyo vínculos, identidad y sentido de pertenencia.

El idioma alemán, que al inicio representaba un desafío constante para mí, con el tiempo ha dejado de ser una barrera para convertirse en una herramienta de encuentro. En el trabajo, lxs niñxs y mis colegas se han vuelto cómplices de este aprendizaje cotidiano, enseñándome nuevas palabras y expresiones. Fuera de él, convivir con personas de distintas lenguas maternas ha transformado mi forma de ver la comunicación. La dificultad inicial se convierte en curiosidad, y la barrera lingüística en una puerta que abre conversaciones. Recuerdo, por ejemplo, cómo con lxs niñxs del centro, cuya lengua materna es el ucraniano, intercambiamos palabras: yo les pregunto cómo decir ciertos saludos en su idioma, y ellxs me preguntan cómo decirlos en español. Este intercambio, sencillo pero significativo, se repite también con amistades y conocidxs, creando pequeños puentes entre culturas.

Finalmente, en este tiempo también he aprendido a valorar la soledad. Lejos de sentirse como ausencia, se ha convertido en un espacio de encuentro conmigo misma. En esos

momentos he podido reflexionar, observarme y disfrutar de mi propia compañía. Durante mucho tiempo creí conocerme lo suficiente, pero esta experiencia me ha demostrado que el autoconocimiento es un proceso constante. Hoy puedo decir que no soy la misma persona que llegó hace unos meses. He cambiado, he crecido y sigo en ese camino. Al mismo tiempo, estos espacios me han permitido mantenerme conectada con mi familia y amistades en Perú, quienes han sido, incluso a la distancia, una red de apoyo emocional fundamental para mí.

Con cariño,  
Andrea

VAMOS! 2025-26